

LOS ORÍGENES Y LOS EFECTOS DE NUESTROS PRINCIPIOS MORALES: UN PROBLEMA PARA LA CIENCIA *

F. A. Hayek

En este trabajo me propongo tratar de condensar dentro de un espacio razonable la discusión del tema señalado en el título, que como borrador de un capítulo del libro en el que estoy trabajando alcanzó dimensiones inmanejables, enfocándolo desde un ángulo diferente. Comenzaré a partir de una de mis afirmaciones del capítulo precedente, en el cual me ocupo de las diferencias entre la mecánica de la evolución orgánica, o darwiniana, y de la evolución cultural. Junto al hecho de que esta última descansa, por supuesto, en la herencia de características adquiridas, ahora me parece que lo más importante es que la evolución cultural se basa íntegramente en la selección grupal, la que en la evolución biológica sólo desempeña un papel menor, si es que en realidad tiene alguno. Mi afirmación principal será la de que, debido a este hecho, algunos aspectos de nuestros principios morales nos dotan de capacidades mayores que las que nuestra razón podría darnos, a saber, la capacidad para adaptarnos a condiciones de las que la mente individual nunca podría ser consciente. Me parece que lo que en ocasiones se denomina "mente colectiva" del grupo no es sino la tradición moral común de sus miembros, algo diferente y autónomo de las razones individuales aunque, por supuesto, interactúa constantemente con ellas.

El hecho de que la evolución cultural opera principalmente a través de la selección grupal tiene consecuencias muy importantes. Es la razón por la cual, tal como David Hume lo interpretara con tanta claridad, "las reglas de la moralidad no son las conclusiones de nuestra razón". Los grupos humanos han sido seleccionados según los efectos de sus prácticas habituales, efectos de los cuales los individuos no estaban, y no podían estar, conscientes. Las costumbres son, en su mayoría, propiedad del grupo, beneficiosas sólo si son propiedades comunes de sus miembros individuales, pero referidas a una acción recíproca. Los principios morales no han sido diseñados sólo por el hombre sino que, generalmente, el hombre no entiende la razón de ellos. En algunos campos, tales como el lenguaje y el derecho, el hecho de que estas instituciones pudieran desarrollarse únicamente a través de la selección grupal resulta evidente: es claro que el lenguaje no sería de ninguna utilidad para su único poseedor, y los beneficios provenientes de él normalmente alcanzan a todos aquellos que se comunican por su intermedio. Todos los paradigmas de las instituciones que han evolucionado culturalmente, la moral, el intercambio y el dinero, se refieren a aquellas prácticas cuyos beneficios van más allá de los individuos que las practican en los casos particulares. El

* De un discurso pronunciado en la Hoover Institution, el 1º de noviembre de 1983. Traducido de *The Essence of Hayek*, Hoover Institution Press, 1984, por gentileza de su compilador, profesor Chiaki Nishiyama.

resultado es que ellas pueden ayudar a grupos enteros a expandirse dentro de lo que denominaré órdenes extendidos, a través de los efectos de prácticas de las que los individuos no son conscientes. Esas prácticas pueden conducir a la formación de estructuras ordenadas que exceden en mucho la percepción de aquellos cuyas acciones las producen. Hacen posible la adaptación de esas acciones a circunstancias desconocidas y conducen a la formación de un orden de expansión infinita que sólo puede desarrollarse a través de la selección grupal, es decir, de una selección de grupos según los atributos comunes que sus miembros poseen.

Podemos descubrir, al menos retrospectivamente, el carácter general del proceso que ha dado lugar al orden existente de división del trabajo y, tal como veremos, esto es lo que ha hecho la economía política (o cataláctica, tal como yo prefiero llamarla). Sus fundadores escoceses, David Hume, Adam Ferguson y Adam Smith, desarrollaron también en este proceso aquellos dos conceptos gemelos de orden espontáneo y evolución que se han convertido en la clave universal que permite explicar todos los fenómenos altamente complejos para los cuales anteriormente el hombre tenía que recurrir a la explicación antropomórfica del modelo o la creación realizada por un hacedor semejante al hombre. La famosa "mano invisible" de Adam Smith, que sigue siendo el blanco de las burlas de los necios racionalistas, fue, en realidad, un nombre muy acertado para definir el proceso de adaptación a efectos en su mayor parte invisibles para cualquier actor humano. Charles Darwin fue el primero que presentó pruebas convincentes de la operación de un proceso de evolución selectiva en la formación de la especie biológica, hecho por el cual merece nuestra mayor admiración; por ello, él y sus sucesores elaboraron un mecanismo no directamente aplicable a la evolución cultural; esto no debería haber desalentado a los estudiosos de la interacción humana en la tarea de continuar desarrollando para sus propios fines la concepción original de la evolución de las instituciones humanas, que, aunque operando por medio de un mecanismo diferente, sigue descansando en los mismos principios de selección, es decir, la multiplicación de la vida individual. El "darwinismo social" fue, sin, lugar a dudas, un error.

Como durante largo tiempo he sostenido que la concepción de la evolución se originó en las humanidades, quizá podría mencionar que recientemente descubrí con gran satisfacción que hasta el término "genética" fue utilizado por primera vez (en alemán) por Herder, Wieland y Schiller en el siglo XVIII y por Wilhelm von Humboldt en el siglo XIX en conexión con la formación del lenguaje, antes de que Thomas Carlyle lo introdujera en el idioma inglés, y siguió siendo empleado por el economista Carl Menger en su sentido original; y que hace sólo setenta años que William Bateson lo convirtió en un término técnico exclusivo de la evolución biológica a través del título de un libro famoso.

Pero volvamos a mi argumento central: el hecho de que la tradición de las reglas morales contenga adaptaciones a circunstancias de nuestro medio ambiente a las que no se puede acceder mediante la observación individual o que no son perceptibles a través de la razón, y de que nuestra moral sea, por lo tanto, un equipamiento humano que no es

mera creación de la razón sino que incluso, en algunos aspectos, es superior a ella porque contiene guías para la acción humana que la razón por sí sola no podría haber descubierto o justificado nunca, explica por qué el valor de la moral tradicional como bagaje autónomo resulta ininteligible para aquellos intelectuales comprometidos con un racionalismo o un positivismo estrictos. El racionalista que "niega la aceptabilidad de creencias que se fundamentan en algo que no sea la experiencia y el razonamiento", o el positivista que cree que "todo conocimiento auténtico es científico en el sentido de que describe la coexistencia y la sucesión de fenómenos observables", o incluso quien cree en alguna "ética. hedonista, en un utilitarismo [que] considera el placer y el dolor de todos aquellos que se encuentran afectados por ella como el criterio de justicia de una acción" (todas éstas son definiciones representativas de estos conceptos dadas por Antony Quinton en su útil *Fontana Dictionary of Modern Thought*), todos deben rechazar la ética tradicional como irracional. Cuando uno de los pensadores más influyentes de la generación anterior, John Maynard Keynes, fue capaz de declarar "Hoy y siempre seré un inmoralista" (1938), y "sabiduría convencional" se convirtió en la frase piadosa con la cual el intelectual típico rechazaba toda creencia conservadora, ello tuvo consecuencias políticas profundas. No es exagerado decir que el objetivo central del socialismo consiste en desacreditar los principios morales tradicionales que nos mantienen vivos.

Los dos grupos fundamentales de normas de conducta que la arrogancia del intelecto humano comenzó a cuestionar porque no eran las conclusiones de nuestro razonamiento sino íntegramente el producto de la selección cultural, eran el de la propiedad particular (o, tal como David Hume lo describiera, las reglas de estabilidad en la posesión, su transferencia por consentimiento y el cumplimiento de las promesas) y el de las reglas relativas a la familia. Constituyen las normas principales de la moral que no tienen un fundamento intelectual y que, por esta razón, y durante los últimos dos mil años, han sido objeto de reiterados ataques por parte de los reformadores racionalistas quienes, sin embargo, no han logrado construir una comunidad duradera basada en sus doctrinas antipropiedad y antifamilia. Hoy deberé limitarme a los orígenes de las constantes revueltas de los intelectuales contra la institución de la propiedad particular, especialmente en los medios de producción, las que se convirtieron en las bases del socialismo. Adam Smith fue quien reconoció que el producto claramente humano de la evolución cultural, es decir, la propiedad particular, se convirtió en la base de la civilización humana. Tal como él mismo lo expusiera "Nadie vio nunca ningún animal que mediante sus gestos y gritos naturales quisiera expresarle a otro : esto es mío, eso es tuyo" (*Wealth of Nations*, p. 26). Este producto de la selección cultural del cual el socialismo ahora desea privarnos y esta característica del socialismo son lo que me lleva a sostener que el socialismo no está ni siquiera acertado a medias, sino equivocado en todo.

Todo el sentido de la profunda visión respecto del valor de la moral tradicional a la que llegó David Hume hace doscientos cincuenta años no ha sido todavía aprehendido en términos generales. Y esta situación explica la razón por la cual la generalizada oposición a la tradición moral desatada por los intelectuales racionalistas está aún lejos de haber

sido refutada en forma concluyente. La idea refleja que el hombre debe algunas de sus dotes más importantes, las que han permitido mantener vivos a millares de seres de su especie a través de la operación de un orden extendido que va más allá de la percepción de cualquiera, a una actitud que adquirió porque la selección grupal favoreció, en el proceso de evolución cultural, a aquellos grupos cuyas reglas de conducta tradicionales les permitieron, a través del mercado, adaptar sus acciones a efectos de los cuales no eran conscientes. Esta tradición moral no diseñada se convirtió en una dote autónoma del hombre, que interactúa con la razón aunque difiere de ella; y que resulta tan indispensable para la formación del orden extendido como la razón misma.

Esta reafirmación resultaba necesaria para exponer mi próximo punto: la conclusión de que el socialismo es la consecuencia lógica del racionalismo no significa que esté en lo correcto sino que el juzgar racionalmente la moral es erróneo. El hombre no fue lo suficientemente inteligente como para diseñar un orden del cual ahora miles de millones de miembros de su especie extraen su sustento, ni tampoco para reconocer lo que debería saber para poder dirigir con éxito estos esfuerzos. Lo que le permitió lograr esto fue la obediencia a costumbres tradicionales que fueron seleccionadas por la evolución del grupo sin que él las entendiera. Nuestra capacidad para mantener vivos a una cantidad de seres humanos doscientas veces mayor que hace cinco mil años no se debe sólo, o aun principalmente, a nuestra mayor visión intelectual de los problemas científicos y tecnológicos sino, por lo menos en la misma o incluso en mayor medida, a una tradición moral en gran parte condenada tanto por nuestros instintos innatos como por nuestros intentos por lograr un entendimiento racional; tradición que se mantuvo viva debido, esencialmente, a la fe en fuerzas sobrenaturales que la ciencia nos enseña hoy como equivocada en los hechos. Tal como lo interpretara Adam Smith, fue la "religión la que sancionó en su forma más primitiva las reglas de moralidad, mucho antes de que comenzara la era del razonamiento y de la filosofía artificiales" (*Theory of Moral Sentiments*, p. 273). De hecho, hasta los agnósticos deberían estarles agradecidos a las tradiciones religiosas que, por razones que ellos no pueden aceptar, han preservado durante un tiempo suficientemente largo esas creencias no racionales que hicieron posible la construcción del orden extendido al que denominamos civilización.

Este orden, tal como podemos reconocerlo ahora, es el producto del establecimiento de la propiedad particular, la que se desarrolló, no porque a algunos les gustaran sus efectos o los hubieran entendido, sino porque hizo posible que el crecimiento de los grupos que la practicaban se llevara a cabo con mayor rapidez que el de otros. Adam Smith comprendió también, por supuesto, que "el signo más notable de la prosperidad de cualquier país es el aumento en el número de sus habitantes" (*Wealth of Nations*, p.87). Me parece incuestionable que la aceptación del acuerdo de respetar la propiedad individual y la determinación de los precios en un mercado competitivo eran las únicas formas en las cuales el hombre podía llegar a explotar los recursos que descubriera con tanta intensidad como para elevar cada vez más su número; esto sigile siendo refutado por quienes no han comprendido la enseñanza más importante de la economía.

Debo admitir que, incluso después de sesenta años como economista profesional, puedo comprender que al lego le resulte difícil entender que con una distribución igual, o incluso "justa", del producto casi todos tendrían mucho menos de lo que tienen ahora (y para la actual población mundial probablemente ni siquiera lo suficiente como para mantener a sus miembros). La magnitud actual del producto total es un resultado de la desigualdad de su distribución o, para decirlo con mayor precisión, el resultado de las expectativas de una muy diferente remuneración según los usos alternativos de las diferentes habilidades y conocimientos, expectativas que por sí solas pueden decirles a los individuos, en cada momento, qué hacer para sumar al agregado.

Los principios morales concebidos con tanto anhelo, según los cuales cada uno debería tener lo que merece, según sus méritos o sus necesidades (dos criterios ya cuestionables), son irreconciliables no sólo con la libertad personal sino también con el mecanismo guía que, por sí solo, puede decirle al individuo cómo contribuir, en la mayor medida posible, al producto común. La propiedad particular en los medios de producción resulta irreconciliable con una justa distribución del producto, pero es una condición indispensable para la existencia de este producto en una medida que se parezca a su magnitud actual. Los socialistas nos ofrecen como moral superior lo que es, en realidad, una moralidad muy inferior a pesar de su atractivo, porque prometen mayor placer o gozo a gente que serían incapaces de alimentar.

No tenemos que ocuparnos, tal como algunos imaginan, de un producto dado cuya magnitud es determinada por hechos físicos o tecnológicos generalmente conocidos. Debemos enfrentar la verdad de que no es la magnitud de un producto agregado dado lo que nos permite decidir qué hacer con él, sino justamente lo contrario: que un proceso que nos dice cómo recompensar las diversas contribuciones a este producto es también la fuente de información indispensable para los individuos, la que les dice dónde pueden ampliar al máximo posible el producto agregado. Sólo la remuneración relativa de todos los diferentes factores de producción por parte del mercado puede mostrarnos cómo debemos asignarlos para que el producto sea lo más grande posible. Esto significa que lo que nos permitirá alcanzar un producto global suficiente para alimentar a la humanidad existente será no sólo una muy desigual distribución de los ingresos, sino también una distribución cuyo orden particular no podemos explicar intelectualmente.

La frase más tonta que acuñara alguna vez un economista famoso -y la que tuvo las consecuencias más serias (la conversión de todos los discípulos del maestro, creo, al socialismo fabiano)-la pronunció John Stuart Mill: "una vez que el producto está allí, la humanidad, individual o colectivamente, puede hacer con él lo que desee" ; es realmente una estupidez increíble y muestra un absoluto desconocimiento de la función esencial que cumplen los precios al informarnos de los efectos significativos de acontecimientos remotos de los cuales nada sabemos. Es probable que ningún ejemplo demuestre mejor cómo este entendimiento fue totalmente bloqueado por la teoría clásica del valor del trabajo, o por cualquier otra creencia en una determinación causal del valor por algún acontecimiento anterior particular.

Volviendo al problema de la evolución : el primer requisito para la difusión de prácticas cuyos efectos beneficiosos no son percibidos por los individuos, es que se mantengan durante tiempo suficiente, o que estén lo bastante estabilizadas como para llegar a formar parte de la conducta generalmente esperada y producir un orden cuyas ventajas podrían funcionar durante un período prolongado de competencia con otros órdenes. Como los efectos que dan a un grupo esta ventaja selectiva resultan desconocidos para los individuos actuantes, algunas otras creencias comunes deben asegurar la estabilidad de una tradición de prácticas grupales. La selección entre tradiciones alternativas se verá afectada por el apoyo diferente de éstas a la proliferación del grupo. Tanto las reglas tradicionales de conducta como las creencias que las sustentan tuvieron esencialmente el carácter de una fe ; no fueron medios reconocidos para fines particulares, sino más bien condiciones para la pertenencia a un grupo, o signos que hacían a sus miembros mutuamente reconocibles como tales. Los estímulos a aquellas acciones que servían mejor al grupo que otras y que eran, por lo tanto, consideradas "correctas", adoptaban por lo común la forma de una amenaza de castigo que servía como una restricción efectiva, limitando la acción a todo aquello que resultara, en general, beneficioso para el grupo en su totalidad. Estas "verdades simbólicas" de las religiones, como podríamos llamarlas, fueron capaces, por sí solas, de guiar al hombre de tal manera que tuviera mejores perspectivas para "crecer y multiplicarse y conquistar al mundo" que las que habría tenido con otras creencias.

La selección grupal, entonces, no elige primariamente aquello que los individuos reconocen como útil para sus propios fines o lo que ellos desean. Elige costumbres cuya contribución a la supervivencia del hombre no es percibida por los individuos. De esta forma, el grupo, cada vez más numeroso, se vuelve dependiente, para la supervivencia misma de sus componentes, de la observancia por parte de éstos de prácticas que no pueden justificar racionalmente y que pueden entrar en conflicto con sus instintos innatos, por una parte, y con su visión intelectual, por la otra. No hay duda de que una sociedad puede tener mayor éxito debido a su tradición moral, éxito que, según creo, disfrutaron los ingleses durante mucho tiempo y del que aún gozan los suizos.

Sin embargo, todo esto se aplica solamente a los principios morales desarrollados por la tradición y no a aquellos ideados para satisfacer los deseos humanos. Pero, según me parece, muestra que toda la concepción de una moral que se adecua a los deseos del hombre es errónea y que en su naturaleza misma los principios morales son limitaciones tradicionales fijadas para la satisfacción de los placeres humanos, no a través de la razón, sino por medio de lo que en ocasiones ha sido engañosamente denominado "experiencia de grupo". Los principios morales hedonistas, utilitaristas, igualitarios, o concepciones tales como la justicia distributiva, son todos inventos intelectuales que nunca han sido probados o de los que nunca se ha comprobado que mejoren o, incluso, que puedan asegurar la preservación del grupo. Ni la lucha por la belleza ni por la justicia, ni ningún otro objetivo previsto o perseguido de la evolución humana puede cumplir la necesaria función que sólo desempeñan aquellos principios morales por los que se opta selectivamente, a saber, aumentar la producción de vidas o mantenerlas. El mejor

ejemplo que he encontrado de la lucha contemporánea para manejar la moral en pos de un ideal inventado de relaciones humanas es, probablemente, el comentario de un filósofo británico moderno sobre la interpretación de la moral humana que hiciera David Hume: sostiene que "aunque Hume usa la expresión 'normas de conducta' para incluir cosas tales como las reglas de la propiedad, la 'justicia' está ahora analíticamente unida a 'mérito' y 'necesidad', de modo tal que alguien podría decir apropiadamente que algunas de las reglas a las que Hume llama 'reglas de justicia' eran injustas" (B. M. Barry, *Analysis*, 1961: 80). "Redefiniendo" los conceptos morales se puede, por supuesto, tratar de convertirlos en herramientas para la satisfacción de nuestros deseos, pero al mismo tiempo aquellos pierden el poder de guiarnos más allá de los límites de nuestros objetivos conscientes.

La premisa más importante de este trabajo es demostrar que el racionalismo puede estar equivocado y que los principios morales tradicionales pueden, en algunos aspectos, brindar una guía más segura para la acción humana que el conocimiento racional.

El reconocimiento de los límites de los poderes de la razón humana. ha sido, por supuesto, la conclusión final a la que arribaron muchos de nuestros grandes pensadores del pasado. Sólo a partir del siglo XVII la arrogancia del hombre moderno lo ha llevado a olvidar esto. La nueva concepción del "mundo 3" de sir Karl Popper tiende a corregir esto, aunque se necesitará de un racionalismo *muy* crítico para poder reparar el daño que el cartesianismo ha provocado con su tesis de que no deberíamos creer en nada que no pueda ser racionalmente probado o para reparar el gran perjuicio que ocasiona permanentemente la concepción constructivista de la "ingeniería. social".

En mi opinión, las limitaciones de todos los poderes posibles de la razón e incluso la aceptación de algunas tradiciones puramente no racionales pueden justificarse por medio de la razón, al igual que cuando confiamos en probabilidades basadas en frecuencias observadas. Creo obedecer a la razón si me someto a reglas tradicionales que no puedo justificar racionalmente en tanto no tenga, en ese caso particular, fuertes fundamentos racionales en contrario, sobre todo si no hay conflicto con otras reglas similares que también me siento inclinado a aceptar. Y creo que uno de los más grandes logros hasta el presente en el descubrimiento de las funciones inadvertidas de las prácticas tradicionales es la legitimación de la propiedad particular por parte de la cataláctica, la que ahora nos da una verdadera oportunidad para mejorar gradualmente su operación al eliminar todos los resultados de las erróneas concepciones socialistas.

Depender exclusivamente del discernimiento racional como fundamento suficiente para la acción humana es un serio error intelectual al cual parecen particularmente propensos aquellos traficantes de ideas que se consideran a sí mismos como intelectuales. Casi se los podría definir como personas no suficientemente inteligentes como para reconocer los límites de la razón y que, en consecuencia, nos privan de la única guía que nos ha permitido crear un orden mediante estructuras basadas en mayor información que la que cualquier entidad humana puede usar. Lógicamente un positivista o racionalista

estricto está destinado a creer en la planificación central y en el socialismo y, en verdad, es bastante difícil encontrar un positivista que no sea socialista.

Creo que la ciencia de la cataláctica puede demostrar que la distribución de la propiedad en los medios de producción, dispersa y determinada por el mercado, es la única condición en la cual los hombres pueden emplear sus necesariamente también dispersas habilidades para hacer uso del mayor monto de información posible, y que este proceso puede funcionar sólo si aquellos que disponen de esta propiedad se ven recompensados no de acuerdo con algún mérito (o "justicia") reconocible sino de acuerdo con su verdadero éxito.

Sin embargo, debe admitirse que algunos economistas no han podido ver esta idea al referirse normalmente a los hechos relevantes con el término en cierto modo gracioso de "datos dados", lo que por supuesto sólo significa que el teórico, para lograr su propósito, debe *asumir* que ciertos hechos particulares existen si quiere explicar sus efectos, sin que él o alguna otra persona conocida tenga un verdadero conocimiento de ellos. Su interpretación retrospectiva de cómo funciona el sistema de mercado no significa, sin embargo, que ahora seamos capaces de reemplazarlo por algún arreglo hecho ex profeso. Por el contrario, demuestra que esto es imposible y que todo lo que podemos hacer es tratar, mediante una deliberada experimentación gradual competitiva, de mejorar las instituciones desarrolladas, que nos han permitido usar mucho más información que la que cualquiera posee.

En un principio podría parecer como si existiera una contradicción entre el argumento de que podemos explicar cómo se formaron las reglas de la conducta moral y describir el efecto que tuvieron sobre el carácter general del orden resultante, por una parte, y la afirmación de que está más allá de nuestras posibilidades construir un sistema de principios morales totalmente nuevo y más beneficioso, por la otra. Pero esta conclusión es, en realidad, una implicancia necesaria de la explicación que he dado. Si es cierto que la selección de reglas tradicionales de conducta produce una adaptación de las acciones de los hombres a las circunstancias de las cuales las mentes individuales no pueden ser conscientes, esto significa también que la explicación que podemos dar debe limitarse a una mera "explicación del principio", tal como la he denominado, que no nos permite decidir qué resultados particulares producirá este proceso. Conocer nuestra ignorancia puede ser muy importante, especialmente si reconocemos que poseemos formas de adaptar nuestras acciones a hechos desconocidos. Para alguien cuya concepción de la ciencia fue forjada por la mecánica, la cataláctica puede no parecer una ciencia, pero a medida que las teorías de los fenómenos naturales se adentraron en campos cada vez más complejos (incluso, en particular, la química orgánica o la biología); llegaron a parecerse cada vez más a la cataláctica: la teoría de la evolución biológica es tan incapaz de predecir acontecimientos específicos como lo es la cataláctica y no fue confirmada por la falsificación, ya que no podía hacer ninguna predicción específica, ni siquiera determinar todas las condiciones marginales relevantes, sino que estaba limitada a enunciar la probabilidad de la formación de ciertos tipos de esquemas o

estructuras.

La cataláctica es, de hecho, un intento por descubrir mirando hacia atrás por qué el hombre logró hacer las cosas mejor de lo que había previsto o entendido alguna vez. Es una especie de reconstrucción racional de lo que él no hizo o no pudo haber hecho deliberadamente sobre la suposición ficticia de que quien explica conoce los hechos particulares hacia cuyo descubrimiento los precios del mercado guían a los individuos. Me siento inclinado a sostener que sólo un economista, es decir, alguien que entiende el proceso de formación del orden extendido de cooperación, puede explicar la evolución selectiva de los principios morales de la propiedad y la honestidad, cómo surgieron y cuáles fueron sus efectos sobre el desarrollo de la humanidad. Estos asuntos son problemas de la ciencia y no problemas de valor. El socialismo es, por supuesto, un intento por persuadirnos de que aceptemos otra moral, que, tal como creen quienes lo defienden, será mejor que a que ha guiado el desarrollo de la civilización occidental. Los socialistas tratan de defender sus propuestas de la refutación científica apelando al principio de ausencia de juicios de valor en la ciencia. Pero si podrán cumplir sus promesas o cuáles serán los efectos de la aplicación de sus propuestas son cuestiones de hecho sobre las que sólo la ciencia puede responder. La cuestión de la conveniencia del programa socialista surge sólo después de que la posibilidad del logro de sus fines se torna al menos probable, pero se vuelve totalmente irrelevante si se demuestra su absoluta imposibilidad.

El socialismo debe gran parte de su apoyo a la animosidad de los racionalistas hacia las limitaciones tradicionales de los instintos innatos del hombre. Espera guiar la evolución cultural en una dirección en la cual gratifique plenamente nuestro placer, especialmente el gozo de la belleza y la recompensa justa de los méritos. Pero esto entra en conflicto con la función fundamental de los principios morales: mantener viva esa parte de la humanidad que sólo alimentamos a través de la constante adaptación a incesantes cambios imprevisibles, adaptación que nos permitió, en primer lugar, hacer crecer esa parte. La moral no es una cuestión de gustos. Los principios morales son limitaciones muy necesarias, aunque muy poco deseadas, que nos dicen cuáles de las cosas que instintivamente querríamos hacer no debemos hacer si deseamos preservar un orden del cual la mayoría de nosotros depende para sobrevivir, pero al que no hicimos ni aprendimos a entender. La idea de que la moral es un dispositivo que nos brinda lo que queremos es totalmente errónea. Por el contrario, los principios morales son limitaciones aprendidas que nos dicen a qué deseos debemos renunciar, en primer lugar para asegurar la supervivencia de más hombres de los que de otro modo podríamos asegurar, pero inmediatamente después para mantener el número de hombres que el orden extendido de la interacción humana nos ha permitido elevar. Karl Marx estaba enteramente en lo correcto cuando dijo que el capitalismo había creado al proletariado. Pero lo hizo no expropiándole a nadie las posesiones que tenía sino permitiéndole a mucha gente sobrevivir sin poseer ninguna propiedad, gente que no podría haber tenido descendencia si otros no les hubieran proporcionado los medios.

Debemos resignarnos al hecho de que nuestros principios morales no nos conducen a donde deseamos ir ; que, en particular, no crean belleza ni placer, ni, en general, nos guían a lo que deseamos sino que realmente nos advierten que no tomemos ciertos atajos hacia lo que deseamos porque hacerlo provocaría daños al orden con el cual todos contamos para lograr aquello que es posible. Para decirlo con crudeza, nuestros principios morales son materialistas y no idealistas y así debe ser porque su primera función es mantenernos vivos, lo cual hacen de un modo que aún seguimos entendiendo imperfectamente.

Puedo simpatizar con el deseo de que el hombre debería orientar su propia evolución, pero si esto significa que debería orientarla para satisfacer su placer, o hacia lo que ahora le parece noble y hermoso, me temo que está totalmente equivocado. El hombre se ha vuelto tan inteligente como es porque *no* fue a donde deseaba. Si se le hubiera permitido seguir sus emociones innatas, o hacer lo que le gustaba., nunca hubiera podido alcanzar los poderes que ahora su intelecto le confiere. *The Fatal Conceit* (La presunción fatal), que es el tema del libro en el que estoy trabajando, tiene por objetivo refutar la errónea creencia de que el hombre se ha hecho a sí mismo (*Man has Made Himself* , V. Gordon Childe, 1936). Toda la evolución que ha aumentado nuestro poder fue una adaptación a lo aún desconocido. La evolución planificada sería el fin de la evolución misma. La evolución moral, en particular, no se mueve ni puede moverse en la dirección que el hombre desea, y si no siguiera la dirección humana, pronto dejaría de ayudar a preservar lo que ha creado. Significaría que el alumno le enseña al maestro.

Mi objetivo hoy fue demostrar cómo el racionalista estricto que niega la aceptabilidad de todas las creencias que no se fundamentan en la experiencia o la razón tiende a convertirse en un bárbaro a menos que haga concesiones a la conveniencia. Esto resulta cierto aun cuando coloque la estética u otros tipos de placeres como metas deliberadas de sus esfuerzos, y esto es lo que habitualmente hace. En ocasiones tengo la impresión de que en un medio que depende de tradiciones que el individuo no puede justificar racionalmente, algunos de los hombres más inteligentes se han convertido en los necios más peligrosos, ajenos a la. civilización en la cual viven y perturbadores de ésta.

Debemos aprender a reconocer que lo que los racionalistas han ridiculizado habitualmente como "la autoridad muerta de la tradición" puede contener condiciones requeridas para la existencia de la humanidad moderna. Esto me parece una conclusión a la cual conduce un uso sensato de la razón, y que al mismo tiempo expone la falsedad de las conclusiones más importantes representadas como el resultado de un uso conveniente de la razón. La tradición moral sigue siendo un tesoro al que la razón no puede reemplazar; sólo puede procurar mejorarlo mediante una crítica inmanente, es decir, esforzándose por hacer que un sistema que no podemos crear en su totalidad sirva más coherentemente al mismo conjunto de efectos. Los sistemas de principios morales son independientes en el sentido de que todos los juicios de valores morales particulares deben, a su vez, expresarse en términos morales. Podemos juzgar una regla de conducta

moral determinada sólo en términos de un sistema que contenga ese tipo de reglas, el que, a ese fin, debe ser tratado como indudable. Para la mayoría de la gente esto será simplemente parte del medio ambiente dentro del cual nacieron. Pero para muchas personas del mundo moderno, la adopción de un sistema tal es necesariamente un proceso gradual en el que cada uno avanza a partir de las creencias de su familia y su lugar, y gradualmente se traslada a otro sistema que aprende a considerar como si fuera, en cierto sentido, superior. En este proceso la tentación de dejarse guiar por consideraciones no morales sería, evidentemente, muy fuerte. En particular, los efectos deseables que la conducta desviada tendría, al parecer, para los individuos o para el grupo parecerían muy tentadores. Pero sostener que esas innovaciones tienen superioridad moral implica afirmar que no sólo la modificación particular sino todo el sistema moral dentro del cual se ubica son superiores a las posibles alternativas. Esos argumentos de que algún sistema moral es superior a otros son muy criticados hoy día, pero me parecen implícitos en todas las creencias morales fuertes. Exigen la elección de un sistema moral en su totalidad como superior a todos los otros sistemas, aun cuando sus seguidores sean incapaces de ver cuál es el sistema en el que creen en su totalidad.

El hombre tendrá que reconocer que su futuro no depende principalmente ni de sus instintos innatos ni de su inteligencia, sino de su fe en los principios morales tradicionales, que, mucho me temo, se ha ido desmoronando progresivamente durante las últimas generaciones, proceso que se acelera en forma alarmante. El orden de interacción que mantiene a la humanidad sigue dependiendo de esa fe. Pero su autoridad se ha visto ya seriamente debilitada, y esto se ha debido sobre todo a la arrogante presunción de los denominados intelectuales, esas "víctimas de su propia sofistería", tal como los llamara Adam Smith, quienes concibieron que podían inventar una moral mejor que gratificaría plenamente sus deseos. Su fervor reformista se dirigió primero contra esa parte de nuestra tradición moral de la cual depende, como he tratado de demostrar, nuestra supervivencia misma. Imaginan que sus principios morales inventados pero no probados producirán resultados más agradables. Pero ésta es una premisa equivocada para juzgar un sistema de principios morales, que no son cosas que podemos elegir según nos plazca. Por lo menos el perfil general de los que hemos heredado es un medio irremplazable para mantener vivos a los seres humanos que ellos han creado.

La corriente de opinión actual hace que parezca posible que los hombres destruyan el orden moral que los mantiene vivos porque no les gusta. Una vez que comencemos a descender por la pendiente con la que comienza esa declinación, será cada vez más difícil detenerla. Cuantas más medidas de emergencia impongan los gobiernos para aliviar determinados sufrimientos y cuantos más poderes adicionales debamos conferirles para ese fin, más se acelerará el impulso del descenso. En mi opinión, el establecimiento, en este momento, de un gobierno mundial único simplemente aumentaría el riesgo de una catástrofe completa y definitiva.

Es el humilde reconocimiento de las limitaciones de la razón humana lo que nos obliga a reconocer la superioridad del orden moral al cual le debemos nuestra existencia y

que no tiene su fuente de origen *ni* en nuestros instintos innatos, que son aún los del salvaje, ni en nuestra inteligencia, que no es lo suficientemente grande como para construir algo mejor que lo que conoce, sino en una tradición que debemos venerar y cuidar aun cuando experimentemos continuamente para mejorar sus partes, no inventando sino remendando humildemente un sistema que debemos aceptar como dado. El mayor logro de la razón humana es reconocer no sólo sus propias e infranqueables limitaciones, sino también la existencia de un conjunto de reglas abstractas que han evolucionado gradualmente, de las cuales puede sacar provecho para construir de una manera mejor que aquella que conoce.